

Juan José Gárate

Tiempo
y memoria



José Antonio Val Lisa

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

La otra pintura de Juan José Gárate

Se ha venido identificando a este pintor turolense por sus cuadros costumbristas de baturros y baturras, faenando en el campo, bailando y entonando jotas o entretenidos con rostros felices bajo un emparrado.

Ciertamente, pintó muchos y con resultados repetitivos y desiguales. Pero su pintura no fue siempre eso. Hizo otra, menos conocida, ajena a las escenas regionales que cultivó con tanta facundia que se superpuso a otros géneros, como el retrato y el paisaje. El primero le dio para vivir con desahogo en Madrid y el segundo le proporcionó placer de viajar y contemplar paisajes singulares durante sus años en Italia, como su admirada Venecia, o visitando Aragón, desde el balneario de Panticosa hasta Albarracín. Aunque en menor cuantía, pero con bastante acierto, trató figuras clásicas alegóricas, pero eso sucedió durante sus años de formación en Roma y luego, a su regreso, para algunos encargos decorativos o ilustraciones.

Ha sido propósito del autor, José Antonio Val, investigador *freelance*, descubrir esta otra pintura y reivindicarla pasándola a un primer plano, que es lo que ha pretendido en esta publicación.

Comparto su intención y el esfuerzo voluntarioso que ha puesto en el empeño durante muchos años. Como pone de manifiesto ahora en este libro y en colaboraciones como crítico de arte para diversos medios, la historia de la pintura contemporánea en Aragón y las biografías de sus autores han sido su vocación permanente.

Eligió a Juan José Gárate porque las raíces familiares de José Antonio están en Albalate del Arzobispo, pueblo natal del pintor y reserva de una cultura aragonesa tradicional que tuvo en la jota, bailada y cantada, expresión de su vida laboral de cada día, vareando las olivas, volviendo del campo o de la fuente o recogiendo los frutos de su huerta y, sobre todo, ahora que ya no se oyen jotas en los caminos ni en las eras (ni existen ya), se vuelve a sentir y bailar en celebraciones, fiestas y festivales.

Pero el investigador se apartó de esta pendiente sentimental del pasado, buscó otras pinturas diferentes de Gárate y empezó por estudiar su biografía paso a paso.

Por eso, los primeros que dio fueron para precisar con rigor las fechas más desdibujadas de la biografía de Gárate, como la de nacimiento (aunque sea anecdótica); los años en Roma de pensionado; su establecimiento en Madrid, decepcionado del ambiente artístico local, una vez apagadas las luces de la Exposición Hispano-Francesa; el viaje, tres años más tarde, en 1911, con su pareja zaragozana, para casarse allí después de haber nacido su primera hija: él, ya con cuarenta y siete años y ella, con veintitrés. Recrea el autor los años de bienestar que le proporcionó su pintura en la capital y las penurias y honda depresión en un Madrid asediado, donde fallecerá fatídicamente en un accidente de tráfico a primeros de julio de 1939. Así de prosaico se cerraba su biografía de pintor a los setenta años, vivida entre Albalate del Arzobispo, Roma, Zaragoza y Madrid.

La pintura costumbrista de Gárate respondía a aquella moda nacional y europea de los años de comienzo del siglo, por la que fue premiado su cuadro *Una copla alusiva* con una segunda medalla en 1904 que, junto con otros suyos de formato grande, se pueden considerar pioneros de la pintura aragonesa regionalista. Luego la prodigará en exceso en formatos menores, en buena parte pintados en Madrid. El baturrismo, como el andalucismo, el madrileñismo o las escenas levantinas huertanas, fueron subculturas de la pintura regional que, desde la Restauración, fue alcanzando espeso éxito en revistas y periódicos de la capital y de las respectivas provincias.

Pero fue, en el retrato, donde Gárate dio un buen registro de calidad pictórica, sobre todo y, aunque no lo parezca, en los encargos para galerías institucionales. Junto con Oliver Aznar y Marín Bagüés, fueron los tres retratistas de más prestigio en Zaragoza durante las primeras décadas del siglo xx y Gárate, el único que se atrevió con un retrato colectivo ante el paisaje de la ciudad y su vega, que tituló *Vista de Zaragoza* (1908). Retrato en conversación contemplativa de nueve de los más célebres prohombres de la cultura, la industria y la ciencia de Aragón; entre ellos, quienes habían hecho posible la Exposición Hispano-Francesa e impulsaron la transformación económica y urbana de la ciudad.

Por eso, el autor le dedica al cuadro un epígrafe y compara certeramente la composición de esta pintura con el boceto para tapiz de Goya de *La pradera de San Isidro*. Participan también ambos lienzos de una cálida luminosidad. Precisamente, este armonioso y alegórico cuadro de Gárate funde los dos géneros del paisaje y el retrato que sus pinturas de baturros y baturras habían llevado a un segundo plano y que, ahora, el autor ha dejado convenientemente fuera del campo de sus consideraciones estéticas.

Manuel GARCÍA GUATAS
 Profesor emérito de Historia del Arte
 Universidad de Zaragoza

Introducción

Durante los años que llevo estudiando la vida y obra del pintor turolense Juan José Gárate, he estado oyendo demasiadas veces, como si se tratase de un vendaval que taladrara mis oídos, una frase: «Si Gárate hubiera nacido en Cataluña, hoy sería considerado un modernista, y no un simple pintor de baturos». Por desgracia, es una frase confirmada tanto por críticos como por historiadores del arte o incluso por coleccionistas de su obra.

Estamos de acuerdo en que el propio artista se consideró un regionalista y que, por lo tanto, obraba en consecuencia. Intentó, como tantos otros artistas, modernizar con su arte un país como España, que se encontraba inmerso en una crisis, una más, tanto económica como, sobre todo, psicológica. Nos referimos, claro está, a la crisis del 98. Debemos tener en cuenta que el arte español de la primera mitad del siglo xx iba a soportar una tremenda paradoja, pues, mientras al otro lado de los Pirineos personalidades como Picasso, Gris, Miró o Julio González iban a desempeñar un importantísimo papel en el devenir de las vanguardias históricas, en nuestro país, artistas consagrados, de fama internacional desde finales del siglo xix, como Sorolla, Zuloaga, Anglada-Camarasa o Romero de Torres, iban a desplegar una imagen típica del «alma de España» o, como dice el poeta belga Émile Verhaeren, en el libro *España negra*, «una España provinciana, silenciosa y oscura».

El mal llamado *sorollismo* se extendió, como si de un virus se tratara, por todo el país, y artistas, como el nuestro, intentaron, con mejor o peor acierto, copiarlo. La historiografía oficial no ha reconocido los méritos de Gárate, siendo relegado a simple folclorista cuando, en vida, fue un más que importante retratista a nivel nacional e internacional. Su obra se vendió en países como Alemania, Francia o Bélgica «como pan bendito», como afirmaría el propio artista. La prensa de la época lo calificó de «paleta luminosa de Sorolla», desahaciéndose en elogios: de él se dice que sus retratos fijan «no solamente el parecido sino la más íntima personalidad del modelo» o lo califican como un

«neoimpresionista muy hábil y vibrante en el colorido de sus paisajes», además de «un personalísimo retratista».

Decía el catedrático Guillermo Fatás sobre Gárate, en el tomo primero del libro *Aragoneses ilustres*: «Cuando haya un buen estudio sobre Gárate, se descubrirá, sin duda, que es el pincel más representativo de la burguesía aragonesa en el primer tercio de este siglo». No sabemos si el presente estudio cubrirá esas expectativas. Lo que sí se ha intentado, por todos los medios, es mostrar aquí a un Gárate desconocido para el gran público, olvidándonos de falsedades teatralizadas y arcaísmos, encontrándonos con un artista, maestro de la luz, el color y el dibujo, reconocido a nivel nacional e internacional. Es tiempo ya, en nuestro siglo XXI, de reconocer sus méritos y sus fracasos; de situarlo, por tanto, en el lugar que creemos que le corresponde. Al menos, ese, y no otro, ha sido nuestro objetivo.